



# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA: D.<sup>a</sup> ANGELA GRASSI.

**SUMARIO.** *Revista de Modas*, por la Condesa de Araceli.—*Recuerdos de la Selva Negra*, por Rosa'ba.—*El Filósofo estóico y el Cristiano* (poesía), por D.<sup>a</sup> Antonia Diaz de Lamarque.—*El camino angosto* (continuación), por D.<sup>a</sup> María de la Cruz.—*Variedades: Tragedia*, por D.<sup>a</sup> Camila Avilés.—*El Anciano á la Golondrina*, por D.<sup>a</sup> Micaela de Silva.—*Labores*.—*Modas*.—**LÁMINAS: Figurin**, núm. 861, bis.—*Grabado de Labores*, núm. 74.

## REVISTA DE MODAS.



**RAJES** de vaporosa muselina sembrada de pensamientos, de jacintos ó de rosas, y ricos paletots de encaje Chantilly, son los que constituyen los últimos caprichos de la Moda. Como la estación va avanzando, y la brisa de la tarde suele convertirse en cierzo, debajo del paletot de encaje, largo, holgado y de mangas perdidas, se pone otro pequeño de seda blanca que no pasa del talle. Imposible es imaginar el buen efecto de esta combinación tan sencilla como bella.

En clase de abrigos también han empezado á llevarse los ricos chales de la India, que habían caído algún tanto en desuso, pero no ya en forma de *peplum* como acostumbraban hacerlo algunas, sino doblados en punta como antes, comprendiendo por fin las señoras, que la manera elegante de recoger el chal, basta para caracterizar á las que son verdaderamente distinguidas.

Para traje corto están muy en moda el pelo de cabra y los foulards á mil rayas; para traje largo se adoptan las ricas telas de seda brochadas, unas sembradas de ramos de flores de tamaño natural, y otras sembradas de estrellas, sobre fondos de todos colores. Para sociedad se usan de un solo color, dándose la preferencia al verde mar, gris rosado, gris perla, maiz y boton de oro.

Hé aquí la descripción de dos lindísimos modelos confeccionados por una de nuestras más distinguidas modistas. El primero se compone de una falda de tafetan boton de oro y vestido negro de seda. La parte de atrás de este último, viene á recogerse y á levantarse por delante en grandes ondas, sujetas con botones de tafetan de color igual al de la falda.

Tres bieses del mismo tafetan guarnecen el bajo del

vestido, y á bastante distancia se coloca una tira dentelleada, también de tafetan, de modo que figure una tercera falda. El cuerpo, liso y abierto, deja ver un pequeño chaleco de tafetan, boton de oro.

Constituyen el otro una falda inferior de tafetan blanco, adornada en el bajo con tres pequeños volantes, encima de cada uno de los cuales se coloca un biés de tafetan, color de coral, falda superior de granadina blanca y túnica de lo mismo, ambas bordadas de coral. El cuerpo liso y escotado. La túnica se ciñe al talle por medio de un *chaque*, también de color de coral, que se anuda por delante con un gran lazo, y cuyas caídas descienden casi hasta el borde de la segunda falda.

Al lado de los vestidos cortos se ven otros de cola, cuyas proporciones inconmensurables aumentan más cada día, y que se han convertido en verdaderos mantos de corte. A ellos debe el miriñaque el haberse salvado del ostracismo, al cual estaba condenado, pues es imposible llevarlos sin ayuda de los benéficos aceros.

Y ya que hablamos del miriñaque, vamos á consagrar algunas líneas á los objetos de lencería, en los cuales cifran todo su esmero las personas elegantes.

Las camisas, de finísima batista, suelen adornarse en su escote y mangas con plieguecitos, flanqueados de ricas puntillas. En otras, alternan los calados y los bordados. Los peinadores, también bordados ó calados, suelen hacerse con viso de seda blanca, y por último, á las prosáicas gorras de dormir, se han sustituido las graciosas redecillas de encaje, adornadas por delante con una rucha y una cinta de color.

En cuanto á los pañuelos de la mano, ofrecen la novedad de que esté bordado sobre el mismo encaje que los guarnece el nombre ó el escudo de armas. Los encajes se

usan para todo, y parece que hemos vuelto á aquellos tiempos en que hasta se adornaban con ellos las botas de los caballeros.

Una amiga mía, que acaba de llegar de Dieppe, cuenta infinitas maravillas acerca de los peinados que allí se ostentan. Es que ella posee una magnífica cabellera rubia como el oro, que cae en ondulantes rizos en torno de su rostro de ángel. La anarquía en materia de peinados, dice, es completa: el caso es que la cabeza abulte mucho, y cada una amontona los bucles, los rizos y las trenzas en el órden que mejor le cuadra. Las armazones se han desterrado por completo, y todo se hace con cabello postizo, de modo que dentro de algun tiempo será tanta su escasez, que no se podrá comprar á ningun precio. La moña reina con un imperio absoluto, y es tal su despotismo, que las toquillas y los sombreros, puestos en vergonzosa fuga, tienen que buscar un asilo sobre la misma frente.

Todo el arte consiste en formar un peinado voluminoso y adornarlo con flores, espigas, cintas, perlas y corales. Tambien están muy en moda las diademas de flores y hojas de metal, las flores campestres, las agujetas de brillantes y los retorcidos de terciopelo y oro.

A otra amiga que acaba de regresar de un pintoresco viaje, debemos la siguiente anécdota:

En un pequeño palacio situado á orillas del mar, y oculto entre bosquecillos de mirtos y laureles, se habian refugiado dos esposos jóvenes y amantes. No tardaron las importunas amigas, de esas que orillan todas las consideraciones sociales con tal de darse tono y decir que han pasado algunos dias en el campo, no tardaron, repito, en invadir aquel nuevo jardín de las Hespérides, guardado por el Amor. Afortunadamente, el esposo, que era un hábil fotógrafo, y que habia oido hablar del abanico-retrato, reprodujo á escondidas la imágen de cada una y la remitió á París. Llegaron de allí, á los pocos dias, los preciosos abanicos que el galante dueño de la casa regaló á sus huéspedes; pero como él habia previsto, ninguna estuvo contenta con el parecido, envidiando el de las otras.

Empezaron los epigramas, los chismes, los enconos, sobrevino la discordia, y todas se dispersaron, dejando á los dos amantes esposos solos en su risueño paraíso.

A pesar de esto, los abanicos-retrato siguen gozando de un favor inmenso, y será una de las novedades que se ostenten este invierno en el Teatro Real y en los elegantes salones de la aristocracia.

LA CONDESA DE ARACELI.

## INSTRUCCION

### RECUERDOS DE LA SELVA NEGRA.

*Baden 15 de Agosto.*

Mi queridísima Angela: Héme aquí ya instalada en este sitio pintoresco por ahora, y dispuesta, en cumplimiento de mi promesa, á contarte *mis impresiones*, segun la modernísima frase introducida por nuestros vecinos de allende el Pirineo, y admitida sin discusion por todos los viajeros, siquiera no hagan éstos mas que asomar las narices á Torrelodones.

Baden, como tú no ignoras, es el punto mas bello y encantador de la *Selva Negra*; sus antiguas leyendas están llenas de historias de caballería y de embrujamientos los mas pasmosos. Tambien tiene Baden su fuente del infierno (*Hollen-Quelle*), su *Dama blanca*, su *Freyschutz*, su *Freimersberg*, sus hadas del lago de *Mumel-sée*; igualmente que su *Fausto* de Goethe, sus baladas de *Burger* y sus cuentos de *Hoffman*.

Toda la poesía, toda la imaginacion de los pensadores, todos los dramas, todos los caprichos de la fantasía están aquí vivos y en actividad. Baden es la cuna romántica de la *reverie* alemana.

Para que nada falte á su adorno, el *Lichtental* es el *Long-champs* de Baden. Este es un paseo que se cubre de co-

ches, de paseantes, de caballeros que le prestan el movimiento, el lujo y la hermosura de nuestra *Fuente Castellana*.

A la estremidad del *Lichtental* (valle de la luz), existe un convento de religiosas Agustinas. Este retiro novelesco, esta abadía risueña, segun se dice, es el hospital de los corazones que han sufrido mucho en sus luchas con el mundo, y donde van á curarse los grandes amores terrenales. El edificio está apoyado en una montaña que, á ciertas horas, proyecta en el patio la sombra tenebrosa de los abetos.

El rio de Baden corre al pié de los muros, pero en ninguna parte presenta suficiente profundidad para que pueda servir de tumba á la desesperacion trágica; su voz eterna y quejumbrosa gime continuamente entre las rogizas rocas, pero una vez ya en la llanura, su corriente es tranquila, y á sus orillas vagan casi todo el dia los carneros y las ovejas de los contornos, esquilados al estilo mas puro de *Watteau*.

Toda esta pradera, que compone la mitad del paisaje, se parece algun tanto á Suiza, como todo Baden, pero una Suiza sin neveras ni lagos, frios, nieblas ni empinadas subidas.

La iglesia del convento se halla situada en el fondo de la córte, teniendo á su derecha la casa del claustro, y á su izquierda, en forma de escuadra, una capilla gótica, donde se encuentran las tumbas de los *margraves*, y todo lo que

se ha podido recoger de vidrios históricos y de leyendas grabadas en mármol. Dos altares recuerdan las reliquias bien conservadas de San Pío y San Benedicto.

A dos leguas de este nido de hadas y gnomos, sobre uno de los montes mas sombríos de la Selva Negra, se halla un antiguo castillo aislado, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos: es el vetusto castillo de Ibourg.

Una carta del Emperador Wenzel, en 1383, á Bernardo, margrave de Baden, le cita ya como un punto importante. Dos altas torres, un ancho recinto de viejos muros de fortaleza, subterráneos sin fin, son los últimos vestigios del castillo, rodeado de una vejetacion esplendorosa, y cuya pompa recuerda los bosques vírgenes del Nuevo Mundo. De la cima de la gran torre, distínguese el paisaje mas rico y variado. Al Este, la vasta soledad de la Selva Negra; al Oeste, la inmensa llanura en la que el Rhin pasea sus aguas majestuosamente. Recogiendo un poco este panorama, se vé á Straburgo, Kehl, Bischouffheim, Stollouffin, Rastadt, Carlsruhe; mas cerca aun, entre las montañas de la misma Selva Negra y la llanura del Rhin, distínguese á Gallembach, Vahrenhalt y Steinbach, en cuyos muros nació el célebre Ervin, al que se debe la bella catedral de Straburgo.

Muy singulares historias se cuentan en Baden mas ó menos fantásticas de Ibourg. A mayor abundamiento, este es el pais de las ondinas, hadas y duendes. Voy á contarte una, mi querida Angela, que debo á la galantería de un literato de este pais. Figúrome que á mi lado estas sentada bajo la columna del Trinkhalle, cuyos muros de la galería exterior aparecen cubiertos de pinturas representando varias leyendas, y que doy principio á mi narracion de la manera siguiente:

«Era al fin de la temporada de otoño. Baden, como una hermosa mujer entrada en años, tenia aun dias brillantes; pero nubes compactas y húmedas se extendian por las noches al pié de Friesenberg. El castillo de Eberstein, construido sobre las ruinas de este antiguo nido de águilas, no estaba habitado en aquel entonces por la corte gran ducal. Los forasteros iban á escaparse como las golondrinas viajeras... Yo quise, sin embargo, realizar mi proyecto, satisfacer mi deseo, y ejecutar á media noche, en una noche de luna, mi excursion fantástica á Ibourg.

»Tenia tanta mas gana de efectuar este viaje nocturno, cuanto personas que se llaman *dignas de fé*, porque tienen sesenta años, me habian asegurado que la castellana, muerta en 1400, y que hacia cincuenta años no aparecia ya en Neu-Eberstein, se habia mostrado este mismo año dos veces en Ibourg con su puñalada en el corazon. Partí, pues, á caballo, suponiendo que algun falso aparecido ó algun tráfuga de presidio, tenia interés en alejar por las noches á los curiosos y enamorados de los bosques; cogí un buen par de pistolas, pistones y cartuchos, una antorcha, una caja de fósforos y un paquete de cigarros para mi residencia nocturna.

»Llegué á la gran torre, cuya puerta se hallaba entreabierta. Mi terco caballo no quiso de modo alguno entrar en el primer recinto; mis espuelas le hacian retroceder en vez de avanzar. Atele á uno de los anillos de hierro de la torre. Encendí mi antorcha, y reuní toda la madera que pude encon-

trar á mano para hacer una hoguera, á la que di fuego. Un trozo de columna me sirvió de asiento, y viéndome convenientemente acomodado en mi cuartel general, encendí mi primer cigarro. Habia colocado junto á mí mis pistolas, que no perdía de vista un momento. Pero cuál no seria mi admiracion al ver dos enormes sapos que arrancaban los pistones de mis armas, y desaparecian llevándoselos á sus agujeros del pié de la torre. Volví á reponer á mis fieles compañeros de aventuras sus hurtados cebos, hice jugar los muelles, y viendo que todo estaba en perfecto estado, me dirigí á la escalera que conduce á la plataforma, donde queria gozar del paisaje del que se me habian contado maravillas. Apenas habia subido algunos peldaños, cuando un horrible bullo, apoyado en un escalon, me presentó dos ojos redondos y centellantes. En el mismo instante una oxífraga colocada en la piedra que acababa de dejar, hizo oír un grito semejante al de un moribundo que se ahoga.

Sin inquietarme por estas anomalías, volvíme á mi fuego para tomar mi antorcha y desembarazarme del animal cuyo canto me atacaba los nervios. Quise cojer mi antorcha, pero muchos otros reptiles la rodearon al mismo tiempo que cesaba el canto. Un ¡*me es igual!* lanzado por mí al espacio, bajo estas arcadas desmanteladas, anunció una revolucion que pintaba, sin embargo, una vivísima contrariedad. Tomé una pistola en cada mano y subí de nuevo la escalera de la torre, porque queria decirme que habia llegado á su cima y mirado el paisaje de noche.

«Habia subido una quincena de escalones; los ojos en las pistolas y el oído en acecho, cuando creí oír un ruido violento encima de mi cabeza, y que parecia que se me acercaba; estaba en un ángulo formado por un ancho hueco de un antiguo saetero, en el que me introduje sin saber lo que hacia. La precaucion fué oportuna, porque un enorme cuadrúpedo, que yo tomé por un zorro, pasó junto á mí como una avalancha, y me hubiera de seguro derribado al suelo, si hubiese permanecido en la escalera. Este huracan vivo atravesó el patio, la primera bóveda, y se detuvo junto á mi caballo que, sobrecogido de un horror extraño, rompió la brida que lo ataba y huyó á escape.

»Salí de mi escondite y subí el segundo piso, donde estaban las habitaciones llamadas de la dama de Ibourg. Algunos fósforos encendidos oportunamente me mostraron la puerta de la primera cámara, por la que se podia llegar á la plataforma. Me fué preciso un cuarto de hora de esfuerzos para hacer girar esta pesada puerta sobre sus goznes; por último se abrió, para cerrarse al punto sobre mí. Una claridad amarillenta y centelleante aparecióseme sobre la meseta de la chimenea gigantesca... Tratéme de dar una explicacion, era una espantosa lechuza que me miraba fijamente. Acabóseme la paciencia, monté una de mis pistolas, apunté al horrible animal y salió el tiro...

»Lo que sucedió despues de este ruido en medio de un sombrío silencio, de esta viva luz en medio de las tinieblas, de esta cólera injustificada por mi parte en medio de mis pacíficas resoluciones, no puedo decirlo; todas mis facultades quedaron por mucho tiempo suspendidas. De lo que me acuerdo bien, es que al través de una especie de ensueño pesado, se me apareció una grande estatua. Su figura era noble, bella, hasta seductora. Sus facciones, pálidas

y enfermizas, estaban teñidas de una blancura lívida; un gran vestido blanco, semejante á un sudario, la envolvía, excepto en el lugar del corazón, en el que tenía puesta la mano izquierda.

»Bajo el peso de esta série de cosas estrañas y de un terror no confesado, monté mi segunda pistola y apunté á esta especie de fantasma. Al punto, una voz mas dulce que la mas dulce melodía, me dijo: V... vos tan bueno, tan bravo, tan generoso, ¿tendríais quizás miedo de una pobre mujer?

»Mi brazo quedó suspendido, turbóse mi cabeza, no comprendiendo cómo mi nombre podía ser conocido por una muerta, por un fantasma.... Un instinto maquinal me hizo bajar mi arma ante esta mujer.... Sonrió con bondad, sonrisa de ángel que he visto muchas veces en mis sueños. La mujer ó el fantasma, porque no he hecho aun diferencia alguna, me tendió la mano y me dijo, como si le fuera conocido mi pensamiento:—¡Pobre extranjero, que se admira que su nombre haya salido de los labios de una muerta! ¡Pobre curioso, que ignora que la mujer que ha sufrido mas, y que un puñal desgarró el corazón, posee el triste don de conocer todos los secretos del alma!

»Mis ideas se turbaron de pronto... ¿Sois acaso algun ángel enviado por Dios? exclamé.

»Apenas el nombre del Eterno fué pronunciado, cuando por una revolucion tan repentina como inesperada, tornóse todo á la mas profunda oscuridad y el mayor silencio! Yo permanecí en una insensibilidad letárgica. Ignoro cuánto tiempo duró este estado. No volví en mí hasta que la aurora diáfana vino á iluminar la cima de la torre... Entonces ví la puerta abierta de la cámara de la dama de Ibourg, descendí la escalera sin el menor inconveniente. Un vapor sonrosado, trasparente, flotaba como una ligera gasa sobre

la cima de los abetos de la selva; la brisa de la mañana balanceaba sus ramas, en las que el pájaro buscaba para posarse á entonar sus primeros cantos, y el perfume de las flores al abrir sus cálices á los primeros rayos de oro del sol, concluían de serenar la agitacion febril de mi noche. Nunca la naturaleza habia parecido despertarse mas radiante y mas poética. Los ensueños del corazón vinieron á asaltarme de nuevo... Ignoro cuánto tiempo habria permanecido bajo el encanto de este sueño de rosa, si un leñador no me hubiese recordado la vida material.

»Comprendí que habia soñado sin duda todo este fantástico conjunto; pero mi antorcha húmeda, estaba medio consumida; una de mis pistolas descargada, y la otra preparada en mi mano; un fragmento de la brida de mi caballo atada al anillo de hierro del primer recinto.—Esto era estraño, pero no imposible.

»Encendí un tercer cigarro, que me fumé dirigiéndome á pié á Baden.»

Casi á la falda de esta montaña, no lejos de la linde de la Selva, se encuentra el pueblecillo de Sassbach, y á poca distancia, el monumento de Turena, muerto, como sabes, por una bala austriaca el 27 de Julio de 1675.

Al pasar, en wagon, junto á la estacion de Achern, vése á la izquierda el monumento de una altura de ocho metros, á lo menos, de granito gris de una sola pieza, levantado en el mismo lugar en que cayó el vencedor de las Dunas.

Perdona, Angela querida, si hoy te he puesto en la carta demasiados nombres exóticos que están trascendiendo á tiro de ballesta á pedantería que es un gusto; pero cómo ha de ser, algo se nos habia de pegar á nosotras de la muchísima que en la actualidad se anida en los hombres.

ROSALBA.

## LITERATURA.

### EL FILÓSOFO ESTÓICO Y EL CRISTIANO.

En risueño vergel erguida palma  
Su penacho gentil daba á los vientos,  
Y firme boj que alzabase á su lado (1)  
Así le dijo vanidoso y fiero:

«Aunque distinto nuestro origen sea,  
Cualidades idénticas tenemos,  
Pues cuanto afecta á las humildes plantas  
A la vez contemplamos con desprecio.

«Los árboles mas firmes languidecen  
Cuando el Bóreas desátase altanero,  
Mas nosotros sus silbos escuchamos  
Sin que pueda su furia conmovernos.

(1) En el lenguaje simbólico de las flores, el boj representa el estoicismo. Dicese que una rama de este arbusto era la divisa de los estóicos.

»La planta que en Abril crece lozana  
Muere de Agosto al devorante fuego:  
La que resiste al cáncer abrasado  
De la nieve despues sucumbe al peso.

»Nosotros contemplamos impasibles  
El rojo estío, el nebuloso invierno,  
Y asombrados los árboles nos miran  
En el bien y en el mal siempre serenos.»

—Iguales somos, pues.

—No tan iguales,

Dijo al oirlo ruiseñor parlero,  
»Que aunque impasibles os mostreis entrambos,  
Gran diferencia entre vosotros veo.

»Plácida sombra la oriental palmera  
Ofrece al fatigado pasajero,  
Y dulce cual la miel, áureo racimo  
Bríndale al par desde su oculto seno.

»Tus brazos infecundos entretanto,  
Oscuro boj, levantas altanero,  
Sin que ni fruto ni benigna sombra  
En torno anheles ofrecer con ellos.

»Ella, aunque adusta, cariñosa ama;  
¿No la contemplas en fecundo anhelo  
Fiel enviar á su distante amiga  
Un ósculo de amor que lleva el viento?

»Tú vives para tí, para tí solo,  
Y á la amistad y á la ternura ageno,  
Con tus ramas sin flores, ni un halago  
Brindas á tus sencillos compañeros.

»Ella propicia con sus verdes palmas,  
Premio ofrece al poeta y al guerrero;  
Símbolo tú de helada indiferencia,  
Ni aplaudes el valor ni amas al génio.

»Mas otra cualidad á gran distancia  
A entrambos os coloca: tú rastrero  
Naces del polvo y en el polvo vives,  
Y á mas no aspira tu ramaje espeso.

»Ella, aunque en tierra su raiz dilata,  
Dones en torno con ardor vertiendo,  
Al espacio á la vez alza la frente  
Y vuelve amante la mirada al cielo.»

Helado boj, sin flores y sin frutos,  
En tí la imágen del estóico veo:  
Y en tí la del filósofo cristiano,  
¡Oh gallarda palmera del desierto!

Feliz el que cual tú, joya de Oriente,  
Bienes en torno con amor vertiendo,  
En las fieras borrascas de la vida  
Tranquilo vuelve la mirada al cielo.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

## EL CAMINO ANGOSTO.

(CONTINUACION.)

El infeliz recordó aquella hermosa y lúgubre noche en que coronado de laureles iba á ver al ídolo de su alma; recordó la alegre bacanal, las risas, los juegos y los cantos, y el despertar sombrío, la realidad espantosa, llena de lágrimas y amargas pesadumbres.

¡Desdichado! ¿quién le hubiera podido decir entonces, que atravesaría otra vez aquella senda, que había recorrido triunfante, entre los vítores y los aplausos de la muchedumbre, solo, proscrito, miserable?... ¿Quién le hubiera podido decir entonces que llegaría á dudar del amor de su hermosa Magdalena?...

—¡Sea! se dijo á sí mismo. Necesito saber la verdad á todo trance; si debo morir ó vivir.

Embozóse bien en su capa, penetró en el palacio, esquivóse cuanto pudo de dueñas y escuderos, y dirigiéndose á un paje á quien no conocía, le dijo que un asunto urgente

le obligaba á solicitar una audiencia de la hermosa Magdalena.

—¿En nombre de quién? preguntó el pajecillo.

—Misiva de amor, se apresuró á decir Eduardo; en voz baja, vengo del campamento... Quizás en nombre del Rey, quizás en nombre de algún Príncipe.

El paje salió, tardó largo tiempo, y por fin volviendo á entrar le mandó que le siguiese.

Después de atravesar varios salones, Eduardo se halló en la misma estancia que servía de habitación á Angélica, en la misma estancia en donde había nacido su hijo. ¡La vergüenza y los remordimientos encendieron sus mejillas, y estuvo próximo á caer al suelo desvanecido.

Aquel aposento estaba adornado con todo el lujo de la época: magníficas colgaduras de damasco cubrían las paredes, cortinajes de seda de varios colores, con franjas de plata, ocultaban los balcones; muebles de ébano, con incrustaciones de ágata y otras piedras preciosas, lámparas de oro y pebeteros del mismo metal, en donde ardían los mas suaves perfumes, formaban un conjunto espléndido y delicioso.

Magdalena se había engañado al recibir á Eduardo; el sueño de su ambición seguía siendo siempre el mismo, y ser amada del Rey, era la esperanza mas bella de su vida.

—¡Si fuese un emisario suyo, pensó, si fuese él mismo disfrazado!... ¿Qué me dijeron? ¿qué me prometieron la otra noche sus miradas? ¡Me prometieron que sí! ¿Por qué no ha de ser él? ¡Quién sabe!...

Halagada con esta idea, Magdalena se dió prisa en desplegar todos sus encantos, todos sus atractivos, ante el mensajero inesperado.

Reclinóse muellemente en un sillón, apoyó el arpa sobre sus rodillas, y adoptando su postura mas voluptuosa entonó una tierna melodía, acompañándose con el sonoro instrumento.

Eduardo estaba ya allí; pero ella, vuelta de espaldas y aparentando no verle, continuaba embriagándole con los transportes apasionados de su canto.

El infeliz, loco, fuera de sí, delirante al escucharla, al recordar el pasado tan hermoso, se abalanzó hácia ella con las manos juntas sobre el pecho en actitud suplicante.

Era muy opaca la luz que alumbraba el aposento, porque á Magdalena le gustaba la semi-oscuidad, protectora de la hermosura que ya empieza á marchitarse; era muy pobre el traje que vestía Eduardo; sin embargo, Magdalena, si no le reconoció, adivinó á su antiguo amante.

Levantóse como herida del rayo, y quedó inmóvil y suspensa.

—¡Soy yo! dijo el proscrito palpitando de temor y de esperanza.

—¡Vos! balbuceó Magdalena con lúgubre tono.

Tendió las manos hácia adelante como para rechazar á una sombra importuna: después, cediendo á un movimiento de terror, corrió hácia la puerta.

—¡Soy yo! ¡soy Eduardo! repitió el infeliz, sintiendo ya que el frío del desengaño penetraba en su alma. ¡Soy yo, y vengo á decirte que te amo, á pesar de todos, y de todo!... ¡He oído que te calumniaban, y no he dado crédito á las calumnias: sé que han pregonado esta tarde mi cabe-

za, y sin embargo vengo hasta los muros de Choisy para decirte:—Magdalena, te amo! ¿Has olvidado nuestros juramentos, nuestro amor?... Si nada has olvidado, sígueme!... Yo no soy digno de mi santa esposa, yo no soy digno de mi hijo!... Sígueme, Magdalena! Huiremos á un país extranjero en donde podremos aun ser felices, embriagándonos con las delicias de un amor sublime!

Y quiso cogerla una mano.

—Estais loco! exclamó Magdalena retrocediendo. ¿Qué es lo que venís á buscar aquí? ¿Qué es lo que venís á buscar á estos sitios, desdichado?

—Amor! exclamó Eduardo con acento delirante.

—Insensatez! locura!

—Locura, sí! Llámala como quieras, Magdalena, pero dime que me amas, dime que vas á seguirme!...

—Ni lo uno, ni lo otro, respondió Magdalena con acento desdeñoso, y jugueteando con las cuerdas de su arpa...

—Sueño! es este un sueño! balbuceó fuera de sí el infeliz Eduardo. ¡Pero entonces, repuso con desesperacion, ¿por qué desplegabas á mis ojos tantas seducciones, por qué me engañabas con mentidas esperanzas, por qué fingias un amor que debía arrastrarme al precipicio?... ¡Guay de tí, mujer! Guay de tí, por quién soy infame esposo, desnaturalizado padre!... ¿No has pensado nunca en mi venganza?... Pero nó; es ahora cuando me engañas!... Ya sé que te place suscitar las borrascas en los pechos que te aman, para calmarlas luego con una sonrisa, una mirada... ¡Mírame por Dios, Magdalena, mírame por piedad! Pero no; desvias de mí tus ojos, te sonries con menosprecio!... ¡Ah, con que es cierto, todo cierto!... El duque de Alenfort, el cartel de desafío!... ¡Ay, desventurado de mí, desventurado!...

Estaba débil, abatido por la emocion y la fatiga; no pudo sobrellevar aquel golpe imprevisto, y cayó en el suelo sin sentidos.

Magdalena no supo qué hacer, quiso llamar á sus criados, tal vez completar su venganza y entregar al proscrito á sus verdugos; pero cuando levantaba el tapiz que cubria la puerta, una mujer apareció en su dintel: era Angélica que habia seguido á su esposo.

Ambas rivales no necesitaron mas que una mirada para reconocerse. Contempláronse un instante en silencio, y el dolor se pintó en el rostro de Angélica, mientras una sonrisa de triunfo asomó á los labios de Magdalena. ¡Aquella aborrecida hermosura estaba pálida y marchita!

—¿Qué quereis aquí? le preguntó con altivo ademan y duro tono.

—Aquí está mi esposo, y este es mi sitio! respondió con intrepidez Angélica.

Y pasando por delante de su rival, fué á prodigar sus auxilios á Eduardo.

—¿Recibisteis mi cartel de desafío? exclamó Magdalena con sarcasmo. De todos modos creo haber ganado el lauro de la victoria, pues al fin os veo, como anhelaba veros; pobre, abatida...

—¡Pero honrada, señora, honrada!... exclamó Angélica irguiendo con noble altivez su frente. ¡Desde el Rey hasta el último de sus vasallos, bajan la cabeza en mi presencia, y me dan la consideracion que yo merezco!... ¡Vos

habeis descendido hasta el polvo, en medio de vuestro falso oropel; yo me he levantado hasta Dios, envolviéndome, en medio de mi pobreza, con el manto de las severas virtudes! Seguimos dos sendas opuestas, ¿adónde podrán conducirnos? Sólo al llegar al término del viaje sabremos quién ha ceñido espinas ó laureles!... ¡Yo espero y estoy tranquila!...

Eduardo volvía lentamente en sí... ¡Ah, cómo no perdió otra vez los sentidos, al hallarse entre los brazos de Angélica, al recordar las palabras de hiel de Magdalena.

Juntó las manos sobre el pecho, miró á su esposa con ademan desolado, y dejó escapar un suspiro.

Aquella era una muda protesta de arrepentimiento y de cariño.

—¡Cómo! exclamó Magdalena llena de enojo, ¿todavía osais insultarme? ¿Será posible que no pueda humillaros, abatir vuestro necio orgullo?

—¡No! No hay fuerza, no hay poder en los hombres para abatir un alma virtuosa! dijo Angélica. ¡El alma se eleva sobre las asechanzas del mundo y las desdeña: la Providencia, tarde ó temprano protege al inocente, y confunde á los culpables!

—¡Pero insensata! gritó Magdalena, ¿olvidas que estás en mi poder? ¿Olvidas que la cabeza de tu marido está puesta á precio, y que yo no tengo que dar mas que una voz, para que sea entregado otra vez á los tribunales?

—¡Magdalena! balbuceó el infeliz Eduardo volviendo á todas partes sus asustados ojos, ¿seria posible que tú, tú misma!...

—¡No te he amado, no te he amado nunca! dijo Magdalena encogiéndose de hombros con ademán despreciativo: sábelo al fin; mi único objeto ha sido vengarme de esa mujer, arrebatándola á la vez tu corazon, tus dignidades, tu fortuna! ¡Su hipócrita y fastuosa virtud me indignaba; la fama de su inocencia y castidad heria mi orgullo!

Angélica, no te has confesado vencida: ¡preciso será llevar á cabo mi desafío; preciso será que yo esgrima todas las armas que la suerte ha puesto entre mis manos!...

Y con el semblante pálido de ira, con los ojos centelleantes, precipitóse hácia una mesita inmediata, y dió fuertes golpes en un timbre, cuyo metálico tañido resonó en torno, con un eco lúgubre y prolongado.

Casi al instante aparecieron en el dintel de la puerta dueñas, pajes y escuderos con ademan azorado.

—¿Quién quiere ganar la suma prometida al que entregue la cabeza del proscrito? gritó Magdalena con voz vibrante. Mirad, ¡ese es Eduardo de Mailly, prendedle, llevadle al Rey, y que él haga justicia!

Un murmullo de asombro é indignacion resonó entre los recién llegados.

—¡Hijos! exclamó Angélica con dulce y fervoroso tono; ¿olvidareis en este instante solemne á la que ha sido para vosotros una cariñosa madre? ¡Raymundo, yo velé á la cabeceira de tu esposa moribunda; Guillermo, yo salvé á tu hijo, dándole por mi misma mano las medicinas bienhechoras; yo te uní á tí, Bernardo, con la tierna Eduvigis, regalándoos el lecho nupcial y la suma necesaria para los gastos de la boda. ¿Hay alguno entre vosotros que no haya recibido mis beneficios, ya por medio de socorros, ya por

medio de consuelos? ¿Entregareis á mi esposo? ¿Completareis la desdicha de la que tanto se ha desvelado por vuestro bien, de la que tanto ha trabajado para labraros la ventura?

—¡No, no! gritaron muchas voces á un tiempo.

—¿No? balbuceó Magdalena estupefacta, ¿no sois mis servidores, mis vasallos?

—Los habeis juzgado, señora, por vuestra alma, dijo Angélica, y os habeis equivocado. Mis antiguos hijos no pueden desconocer y desamparar á su madre en la desdicha! ¡Son demasiado nobles para esto!...

—¡Por última vez! gritó Magdalena, apoderaos de ese hombre, yo lo mando. ¡Si no me obedecéis, el Rey sabrá castigaros y entregar vuestras cabezas al verdugo!

—¡No! dijo Guillermo, que estaba delante de todos, ¡no!

Magdalena corrió á abrir la ventana.

—Las alturas están coronadas de soldados, dijo.

Y luego gritó con voz estridente:

—¡Socorro, socorro! Defensores de Carlos VII, ¡á mí, á mí!...

Pero aun no hubo pronunciado estas palabras, cuando Guillermo corrió hácia ella, la sujetó por los brazos, y la condujo hasta el centro de la estancia.

—¡Salid, señora, salid! exclamó dirigiéndose á Angélica. Llevaos á vuestro esposo, dáos prisa, porque sus voces pueden haber esparcido la alarma en los cercanos campamentos...

¡Salid, y rogad por mí, si mañana el verdugo siega mi cabeza! Salvásteis á mi hijo, salvo á vuestro esposo. ¡Pago una deuda sagrada, Dios me protegerá!

—Sí, noble Guillermo, sí, dijo Angélica anegada en llanto.

Dió el brazo á su esposo, que atónito y anonadado, parecia haber perdido hasta el conocimiento de su propia vida, y le arrastró fuera de la estancia.

Y mientras Magdalena sujeta entre los brazos de Guillermo, se retorcia en horribles convulsiones, pajes, dueñas y escuderos, abriendo paso á los proscriptos, se arrodillaron en el suelo, y rogaron á Dios que protejiese la existencia de su idolatrada bienhechora!

(Se continuará.)

MARÍA DE LA CRUZ.

## VARIEDADES.

### TRAGEDIA.

(Tomada de las poesias de Enrique Heine.)

#### I.

Vente conmigo y reposa sobre mi corazón, allá lejos, en tierra extraña. Mi corazón será para tí la patria y el hogar paterno. Si no me sigues moriré aquí: quedarás sola y abandonada, y en tu país, en el hogar de tu familia vivirás como extranjera.

#### II.

Una escarcha fría cae sobre la tierra en una noche de Abril. Cae sobre las florecitas azules y las hiela. Están místicas, se inclinan, mueren.

#### III.

Un galán enamoró á una cándida doncellita, y secretamente huyeron entrambos de su país y contra la voluntad de sus padres. Caminaron de una parte á otra sin hallar en ninguna la dicha, la paz y la fortuna que buscaban. Eran muy jóvenes, y sin embargo marchitáronse y murieron.

#### IV.

Sobre su tumba crece un tilo. Allí silban los mirlos y los vientos de la tarde; allí suelen darse cita los amantes que habitan en los alrededores. A veces, cuando el viento suspira, y los pajarillos cantan con voz dulce y quejumbrosa, los enamorados, acometidos de una súbita tristeza, enmudecen y lloran, sin darse cuenta del motivo que los hace verter lágrimas.

Y aquellas lágrimas caen sobre las florecitas azules que brotan cada primavera sobre el sepulcro de los amantes fugitivos y desobedientes á sus padres...

CAMILA AVILÉS.

## EL ANCIANO Á LA GOLONDRINA.

Avecita de Dios; tú que cada primavera vienes en busca del nido que suspendiste bajo el alero de mi tejado, hé aquí el otoño que se acerca. Pronto vas á partir á regiones mas templadas, vas á dejar mi casa bendecida por la Providencia.

Lo mismo que tú, mi alma debe partir muy pronto en busca de un cielo resplandeciente. Si el año que viene acudes como los anteriores á cantussear sobre la cornisa de mi ventana, verás que no me asomo, y á tu manera dirás: *¿qué habrá sido del viejo?*

Plegue al Señor, amable golondrina, que haya pisado la ribera feliz en donde resplandece la luz eterna, en donde la fuente de la verdad apaga y satisface la sed de las almas, en donde nada es efímero, nada pasajero. En donde la flor con que se adornan, inmutable y purísimo incensario, no abre su cáliz embalsamado despues que brilla el alba, para que se marchite antes de que llegue la noche. En donde, por último, las almas no se hallan espuestas á la incertidumbre, á los dolores, al pecado: esos candentes eslabones de la cadena que los oprime y agobia en esta vida.

¡Oh, si vuelves á mi casita cuando la primavera brille con todas sus galas, si notas mi ausencia, golondrina, será que tu amigo bajó al sepulcro, para que su alma pudiera subir al cielo!

Adios, pues, mensajera del buen tiempo. Dos primaveras colmarán nuestros deseos, pero la tuya pasará como las otras, y la mia en el cielo será eternamente florida.

(Arreglo.)

MICAELA DE SILVA.

## LABORES.

Para tapetes de mesa, colchas ó antimacasares, sirve la bellísima labor que representa hoy nuestro grabado, según se ejecute con hilo mas grueso ó mas delgado. También podría hacerse con torzal ó estambre de varios colores, combinándolos entre sí con el buen gusto que distingue á nuestras ilustradas suscriptoras.

Las rosetas se hacen separadamente, disponiéndolas de cuatro en cuatro, con una caprichosa figura en el centro.

Se principia la roseta por doce puntos de cadeneta, que se cierran en círculo, prosiguiendo luego de este modo:

1.<sup>a</sup> *Vuelta*.—1 bar. d., \*5 ps. s. de cadeneta, y otra barra doble en cada segundo punto de la vuelta anterior.\* Se repite diez veces de señal á señal, y se cierra uniendo el último punto de la cadeneta á la primera barra doble de la misma vuelta.

2.<sup>a</sup>—5 ps. s., 1 p. d. en el centro del calado anterior, y se prosigue así hasta la conclusion de la vuelta.

3.<sup>a</sup>—1 p. d. en cada punto de la vuelta anterior.

4.<sup>a</sup>—2 bar. en un mismo punto, \*5 ps. s., 2 bar., en el punto inmediato, 3 ps. s. Se dejan libres 5 ps. de la vuelta anterior, y se hacen 2 bar. en el sexto, 3 ps. s., y otras

2 bar. en el inmediato,\* repitiéndose de señal á señal diez veces.

5.<sup>a</sup>—\*2 ps. s., un pico (este se obtiene haciendo 4 ps. s. de los cuales el último se une al primero), 3 ps. s., 1 p. d. en el centro del calado anterior,\* y se repite de señal á señal hasta concluir la vuelta.

Como se ve en el grabado, las rosetas se sujetan entre sí, uniendo por el centro tres picos de la una, á otros tres picos de la contraria, practicándose del mismo modo con todas las demás, inclusa la pequeña figura que forma el centro. Esta no consta mas que de una vuelta, y se hace como sigue:

\*2 ps. s., 1 pico, 5 ps. s., 1 pico y otros 5 ps. s. (al llegar al tercero de estos últimos cinco puntos, se une á la roseta por medio de un punto doble), 1 pico, 2 ps. s. y 1 p. d. en el tercero de los primeros 5 ps. s., de manera que se forma una presilla con dos picos á cada lado \* Se repite tres veces de señal á señal, y se cierra, uniendo el último p. d. al primer p. s.

Esta sencilla labor produce muy buen efecto, y puede aplicarse á mil objetos distintos.

## MODAS.

*Explicacion del Figurin, núm. 861, bis.*

NUM. 1. *Gorra catalana*. El fondo se compone de cuatro redondeles de guipure cosidos entre sí, y las bridas de cinco redondeles iguales á los primeros, y sobrepuestos los unos á los otros. Esta sencilla gorra es propia para traje de mañana.

NUM. 2. *Cofa de tul*. El fondo es un bullonado ancho, guarnecido todo alrededor con una puntilla. En la parte posterior se coloca un lazo de cinta, y la de delante se adorna con una ramita de enredadera, cuyo follaje desciende sobre las bridas, que quedan flotantes.

NUM. 3. *Sombrero Fanchon* de tul negro bordado y guarnecido de puntillas de Chantilly. A un lado se coloca un lindo ramo de flores campestres, y una amapola sujeta por delante las bridas, largas y flotantes.

NUM. 4. *Prendido para comida*. Echarpe de tul de seda bordado, cuyas estremidades forman las bridas.

Le completa una blonda de seda, levantada á cada lado del rostro por una rosa medio oculta en su follaje. Para que este prendido produzca todo su efecto, es preciso que el cabello de delante esté un poco hueco y la moña rizada.

NUM. 5. *Cuerpo* de muselina á plieguecitos, guarnecido con entredoses anchos de guipure, debajo de los cuales se colocan tres bieses de tafetan de color. Pequeño cuello derecho y mangas de codo, guarnecidas del mismo modo.

Núm. 6. *Cuerpo* de muselina lisa, adornado por delante con un entredos bordado, que sube rodeando el cuello, y dos anchos bullonados de muselina. Este cuerpo, en su parte inferior forma una especie de corselete hecho á plieguecitos. Mangas iguales al cuerpo con vueltas correspondientes al corselete.

Núm. 7. *Paletot* oriental de muselina, muy ancho y recortado en puntas, redondeadas en su extremo inferior. Forman su adorno entredoses de guipure, flanqueados por estrechos bieses de tafetan, á cuya parte exterior se cose un estrecho valenciennes, y le completan dos pares de mangas de distinta especie: las de encima perdidas, á la griega, y las de debajo ajustadas.

Núm. 8. *Cuello* de aplicacion, alto, adornado con un lazo de muselina lisa, guarnecida de valenciennes, y puños hechos á plieguecitos, y adornados también con un ancho valenciennes.

Núm. 9. *Cuello* de muselina bordada, en forma de valona, guarnecido de puntillas, y puños iguales.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



Lagustein imp. Paris

Ad. Goubaud Ed. Paris

861 bis

# LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92.

Modèles de M<sup>me</sup> Brémont à la Couronne Impériale, n. 76 des Petits Champs, 76.

Fleurs de Perrot Petit et C<sup>ie</sup>, n. 10, S. Augustin, 20 - Rubans et Passementerie Ala Ville de Lyon Ch<sup>ose</sup> J. Antin, 6.

Dentelles de Violard frères 3, r. de Choiseul.

Entered at Stationer's Hall

LONDON, E. Weldon, 22, Tavistock, Street Covent Garden, W.C.

MADRID El Correo de la Moda P. J. de la Pena





